

estaba en peligro su fiel servidor, exclamó : « Quiero ir á verle. » En vano se le quiso disuadir, manifestándole que era suma imprudencia exponerse á contraer aquella terrible enfermedad. « Ese hombre es mi criado, es mi hermano, contestó el monarca ; y no le dejaré morir sin darle esta prueba de mi afecto. » Y en el acto marchó á ver á Guagelme, cuyos ojos medio apagados brillaron de júbilo y de gratitud. Luis prolongó algun tiempo su visita y con sus palabras le consoló y le infundió valor.

Miguel Angel ¹.

Siendo ya Miguel Angel mas que octogenario, cuidó de dia y de noche á su fiel criado Urbino, al que una enfermedad mortal habia postrado en cama. Hé aquí en que términos escribe á un amigo refiriendo la pérdida de su sirviente :

« Mi querido amigo, yo escribo muy mal, mas sin embargo os diré alguna cosa en contestacion á vuestra carta... Ya sabeis que ha muerto Urbino, lo que ha sido para mí una verdadera gracia de Dios y á la vez una gran pérdida é infinito dolor. Digo la gracia, porque despues de conservar mi vida durante la suya con sus cuidados, me ha enseñado á su muerte la manera de morir bien. Le he tenido en mi casa por espacio de veinte y seis años y siempre ha sido fiel y exacto; y cuando le habia puesto al abrigo de la necesidad, cuando esperaba que me serviria de báculo en mi vejez, le he perdido sin que me reste otra esperanza que la de volverle á ver en el paraíso. Dios nos ha dado á ámbos una señal de ello con su dichosa muerte, porque sentia mucho ménos el morir que el dejarme en este pérfido mundo en medio de tantas penas, y aunque la mayor parte de mí mismo se ha ido con él. Solo me queda un dolor inmenso, y ahora me recomiendo á vos. »

Esta carta, que demuestra á un tiempo la piedad y la

¹. Nacido en Toscana ; gran pintor, escultor y arquitecto; todavia traba-

jaba cuando falleció en Roma en 1564, a la edad de 90 años.

sensibilidad de Miguel Angel, es uno de los rasgos mas sublimes y característicos de la historia de este héroe del arte.

Un célebre pintor de nuestros dias ha representado en un cuadro de mérito la escena de Miguel Angel cuidando á su leal sirviente.

La doncella.

Con motivo de haber sufrido graves reveses de fortunas se vió precisado un hombre muy acaudalado, á encerrarse en una severa economía. « Acabo de deshacerme de todo el lujo que ántes nos permitia la fortuna que hemos perdido, dijo á su esposa, y no puedo dispensarme de rogarte me imites en esto. Tienes á tu servicio una doncella que aprecias mucho, y me cuesta pesadumbre pedirte ese sacrificio, pero es absolutamente necesario y creo que no me lo rehusarás. »

Por cruel que fuera la separacion, conoció aquella señora la necesidad y se resignó. Llamó á su criada y la anunció sus intenciones, manifestando lo penoso que la era separarse de ella. « Señora, contestó la jóven, ya sabeis que tengo alguna maña, y creo que con las pocas disposiciones que tengo podria ganar mi comida en vuestra casa. Por lo tanto os ruego me permitais continúe á vuestro servicio, pues no quiero mas retribucion que la de permanecer á vuestro lado. » Lágrimas abundantes que corrieron por ámbos rostros dieron fin á la conversacion.

A poco rato se anunció que estaba servida la comida, y el marido, que supo lo ocurrido, pasó al comedor y mandó poner otro cubierto mas en la mesa. « ¿Esperas á alguien? le preguntó su esposa. — No, llama á tu doncella que venga. » Llegó ésta, y tomándola de la mano el dueño de la casa, la dijo : « Señorita, la nobleza de vuestros sentimientos, la sensibilidad de vuestro corazon os hacen nuestra amiga; tomad sitio á nuestro lado y en adelante no tendreis otro. »

Huber¹.

El célebre Huber, á quien es deudora la historia natura de observaciones curiosísimas, perdió la vista; terrible desgracia que iba á poner fin á sus trabajos interesantes y cuya idea le desesperaba. Pero despues de haber reflexionado bien un dia sobre aquel triste suceso, exclamó de repente: « Yo me haré ojos, yo veré, » y en el instante llama al jóven Francisco Burnens que estaba á su servicio. « Escucha, le dijo: tú tienes bastante talento, buena vista y deseas instruirte; ayúdame á continuar mis experiencias, tú verás por mí, y yo me encargo de lo demas. » El pobre jóven, avergonzado de su ignorancia, no se atrevia á responder; pero conmovido por los ruegos de su amo, consintió en ello, y desde entónces se dedicó enteramente y con el mayor celo á cumplir sus nuevos deberes. Secundó con tanto acierto á Huber, que ya no echaba éste de ménos sus ojos. El maestro y el discípulo formaban una sola persona; era la misma voluntad y la misma existencia. Aquella tierna asociacion hizo multitud de observaciones muy curiosas. Cuando murió Huber, le lloró amargamente el jóven, pues habia concebido por él un afecto cariñoso. Su abnegacion fué recompensada, porque trabajando con su amo se desarrolló su inteligencia y se aumentaron sus conocimientos. Estudió leyes y llegó á ser juez en un canton de Suiza.

La partida de caza.

They, escritor de nota, insertó en sus *Consejos á la juventud* el relato siguiente, debido á uno de sus amigos, hábil médico y aficionado á la caza; ejemplo que servirá de leccion á los que se muestran duros é insolentes con las personas que la necesidad obliga á servirlos.

« Tenia en mi casa un viejo y excelente criado que yo es-

¹ Francisco Huber nació en Ginebra en 1740 y falleció en Lausana en 1801.

timaba y que me pagaba con su cariño. Por desgracia mis dos hijas, mal educadas por un aya demasiado complaciente, se divertian en atormentarle. Elisa le hacia jugarretas muy indiscretas, ya haciéndole creer que yo le llamaba desde el otro extremo del jardin, adonde llegaba sin poder respirar para sufrir un regaño de mi parte por haber dejado su ocupacion; ya apagando su luz en el momento que bajaba á la cueva con riesgo de que se rompiera una pierna. Elena, que era la mayor, se burlaba de él como de un ente completamente ridículo, y le mandaba hacer con tono breve y despótico tareas inútiles ó fatigosas. El pobre Olivier lo soportaba todo por el afecto que me profesaba, y me ocultaba muchas de estas cosas, porque temia mi cólera contra mis hijas.

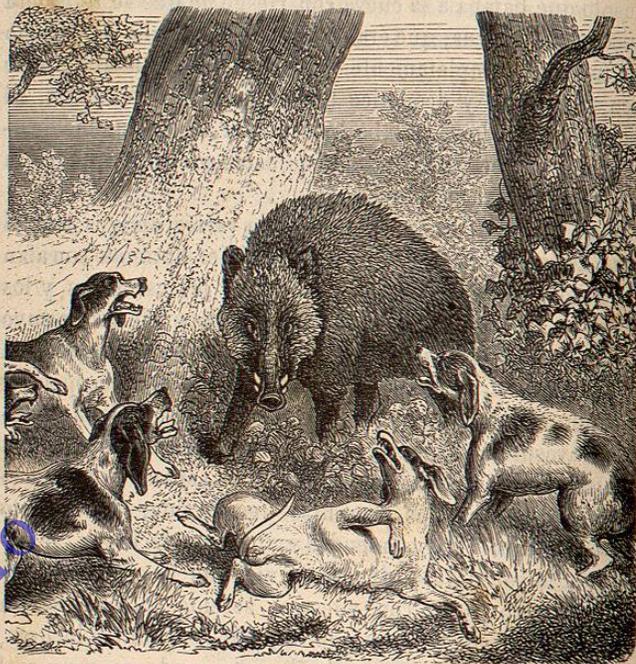
Una vez dispuse en compañía de varios amigos salir á caza de jabalí. Cuando se hallaba Olivier haciendo con afan los preparativos necesarios, limpiando las escopetas y los cuchillos de monte, Elisa corria y saltaba en derredor suyo echando por tierra sus cepillos, desgarrando los pedazos de tela con que limpiaba y pulia; coge luego una escopeta, y jugando con ella, apuntó á su aya, que presenciaba aquellas travesuras sin poner coto. Olvidando la pobre señora que no estaba cargada la escopeta, se asustó de tal modo que cayó de espaldas y se hizo una herida. Al ver esto Elisa comenzó á dar tremendos gritos. Acude Elena, se entera de lo sucedido y dice á Olivier con desabrido é insultante tono: « Si con vuestros sesenta años y vuestra barba blanca no sois capaz de impedir semejantes locuras, no veo para qué servís aquí; de este modo es muy mal ganado el dinero que os da mi padre. »

Quedóse confundido Olivier, y se acabó su paciencia. Resolvió á dejar una casa donde ni su edad ni su fidelidad impedian que se le tratara de tan indigna manera. Estaba yo entónces haciendo mis visitas, y cuando volví á casa ya no le encontré.

La herida del aya era insignificante. Reprendí á mis hijas con severidad y esperé en vano á que viniera Olivier.

Mi ansiedad era extrema, cuando á las tres de la mañana vinieron á buscarme mis amigos para la caza y marché con ellos inquieto y apesadumbrado.

Llegamos al monte y nos señalamos los puestos para poder rodear el sitio mas espeso, y soltamos los perros. Al cabo de una hora sale el jabalí á un campo, donde le herí



de un tiro; cae, rueda algunas veces por el suelo, se levanta y vuelve á meterse rápidamente en la espesura.

« Me hallaba solo entónce, lójos de mis compañeros y sin perros; pero el amor propio me enardeció el ánimo; quise acabar la obra comenzada y cortar la retirada al jabalí atravesando una hondonada bastante profunda que bajaba y subía en forma de embudo, y toda ella llena de piedras y maleza. Varias veces se me resbaló el pié, ó se

enganchaba mi escopeta y me hacia dar un paso atras. Llegué por fin á la vuelta que era preciso pasar para volver á entrar en el bosque. Comenzaba á subir un sendero estrecho y pedregoso, cuando en aquel mismo sitio se presenta por cima de mi cabeza el jabalí, furioso por la herida. Apenas tuve el tiempo de echar un paso atras que ya la fiera me embiste y me derriba. Del primer golpe de sus terribles colmillos me desgarró la ropa; el segundo va á serme fatal; no tengo mas que un medio, y haciéndome temerario por necesidad, lucho á brazo partido con el animal, mas temible cuanto mas irritado estaba; pero cuyas fuerzas se iban debilitando con la pérdida de sangre.

« Le abrazo con fuerza, y luchamos en el fondo del precipicio que parecia iba á ser nuestro mútuo sepulcro. El jabalí dió algunas sacudidas rápidas é imprevistas, desembarazó su cabeza varias veces y me hizo crueles heridas. Ya me iba debilitando y temia que no fueran oidas mis voces, cuando oí un ruido á mi lado. Unas moreras silvestres me impedian ver un hombre que se deslizaba por el costado mas escarpado del precipicio. Con un arma en la mano se arrojó sobre mi temible adversario y le hirió mortalmente.

« ¿ No adivináis quién era aquel hombre á quien yo debía la vida? Era Olivier. Triste y desesperado habia pasado la noche en el bosque; y como oyera despues las trompas de caza, se acordó que algunas veces mi temeridad llegaba al exceso, y siguiéndome de lójos no me habia perdido de vista.

« ¡ Cuál fué la confusion de mis hijas cuando supieron que el hombre que tan indignamente habian maltratado, acababa de salvar la vida á su padre! Desde este dia le consideran con respeto, y Olivier recibe el trato que merece un servidor fiel, es decir, como un amigo verdadero. »

Guenisset.

Antonio Magi, comerciante de Marsella, sufrió algunas pérdidas en la época de la primera revolución. Inspirándole confianza las operaciones del gobierno, después del tratado de Amiens¹ arriesgó en algunos buques lo que le quedaba de su fortuna; pero todo cayó en manos de los corsarios ingleses. Arruinado con este nuevo desastre, se dirigió á Paris, acompañado de sus dos antiguos criados, Guenisset y su mujer, para solicitar una indemnización al gobierno, sin que pudiera conseguirlo...

Desde entonces debió su existencia á los sacrificios de sus leales sirvientes, que compadecidos de su infortunio, unieron mas que nunca su suerte á la de su amo, con la esperanza, si no de cambiarla, al ménos de suavizarla. El marido obtuvo una plaza de sacristan que le producía quince francos mensuales que se empleaban en la casa. Su mujer se procuró trabajo en la costura, y de comun acuerdo dedicaban el fruto de su trabajo á sostener los penosos dias de su buen amo. Veinte años después murió la esposa de Guenisset, y su honrado marido continuó soportando él solo la carga que ántes llevaban los dos; en los momentos que le dejaban libres las funciones de la sacristía, se ocupaba como demandadero. Una grave enfermedad le hizo perder su plaza de sacristan, y ya no quedó mas recurso para él y su amo que lo que podía ganar con su segunda ocupación. Su celo parecía aumentar sus fuerzas, y gracias á él, su amo no careció de nada hasta su muerte.

1. En 1802. La paz de Amiens entre Francia e Inglaterra, bajo el consulado de Bonaparte, sólo duró algunos meses.

§ XII. DEBERES DE POSICION Y DE PROFESION.

MAGISTRADOS, ADMINISTRADORES.

El magistrado es la ley viva. (CICERON.)

Para ser digno de mandar, debe el hombre tratar de ser mejor que los que están á sus órdenes. (*Curso de moral.*)

Cuanto mas elevada es la dignidad, mayores son los deberes para con Dios, la patria, el príncipe y el público, y por lo tanto mas severos para consigo mismo. (B.)

Mateo Molé¹.

La mala administracion del cardenal Mazarino durante la minoría de Luis XIV, causó desórdenes que degeneraron en guerra civil.

Mateo Molé, primer presidente del Parlamento de Paris, desplegó en aquellas circunstancias una firmeza á toda prueba, y cumplió con igual celo sus deberes de magistrado y de ciudadano.

El gobierno encarceló arbitrariamente á dos consejeros del Parlamento, acusados de sublevar al pueblo, con lo cual estalló en Paris una sedición. El Parlamento decidió presentarse en el Palacio Real² á pedir á la reina madre pusiera en libertad á los dos consejeros. En todas las calles se levantaron barricadas, que se bajaban ante el Parlamento; mas volviendo este cuerpo sin traer consigo á los consejeros presos, el furor del pueblo se volvió contra los magistrados, acusándolos de traición. Se construyeron de nuevo las barricadas, se oyen gritos terribles, y con pistola en mano se amenaza á los consejeros; la mayor parte de estos hallan su salvación en la fuga. Molé, impávido y sereno, reúne los consejeros que puede, y vuelve al Palacio Real con lento paso, sufriendo en su camino blasfemias é

1. Nació en 1584; fué primer presidente en 1641, y murió en 1656.

2. La reina regente, madre de

Luis XIV, habitaba entonces en el Palacio Real.